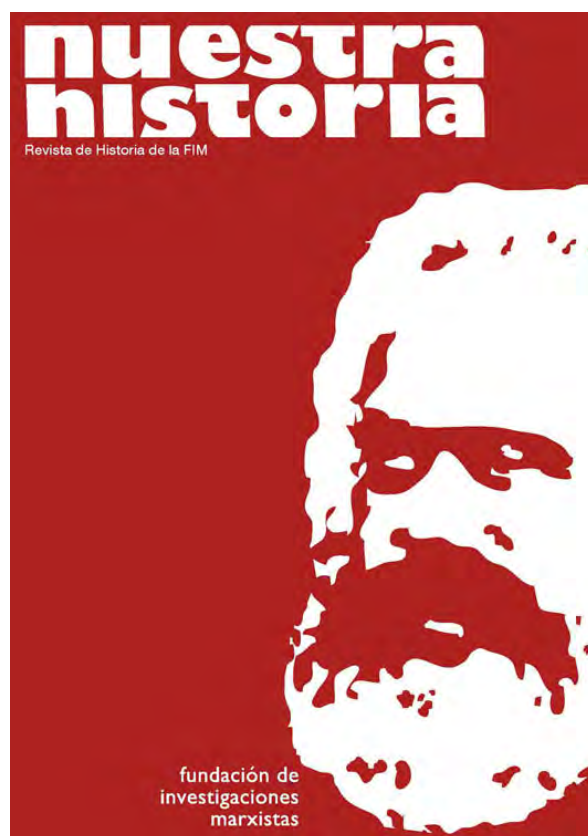


A vueltas con la Transición

Consejo de Redacción de Nuestra Historia

El debate sobre la Transición postfranquista ha conocido, en los últimos años, una revitalización que viene a mostrarnos, una vez más, la permeabilidad de los análisis históricos a los cambios político-sociales y culturales de cada momento. El desencanto ciudadano con la actual situación, la desacralización de la monarquía, las fisuras o quiebra (según los juicios) del bipartidismo y los efectos sociales demoledores de las políticas neoliberales han contribuido, sin duda, a fijar la atención en lo que fue la salida del franquismo y la transición a la democracia parlamentaria posterior, tendiendo a subrayarse especialmente sus fracasos, sus insuficiencias y sus hipotecas.

Es verdad que las interpretaciones de los historiadores sobre este período, como era de esperar, nunca han sido uniformes; siempre ha habido diferencias entre los análisis más «estructurales» y los más «intencionales», los que otorgaban mayor protagonismo a las élites y los que consideraban, justamente, que la movilización obrera y popular había conseguido, ya que no imponer el modelo de ruptura democrática al que aspiraba buena parte de la oposición, sí impedir al menos la continuidad del régimen y forzar la apertura de un proceso democratizador. Pero es indudable que la imagen predominante proyectada del período, entre la opinión pública en general pero también en ámbitos académicos, se ha caracterizado por una in-



dudable complacencia con los resultados y una identificación general —matices aparte— con las políticas de cambio desarrolladas por la derecha reformista heredera del franquismo y con las actitudes «responsables» y realistas, en aquella coyuntura, de la izquierda antifranquista. En los esquemas más simples, la Transición se convertía incluso en un episodio —casi inédito en los anales de la historia— en que un proceso de cambio político de esta envergadura se realizaba en condiciones de amplio consenso, sin vencedores ni vencidos, de manera pacífica y armónica. Tan insólito fenóme-

no (inmune no ya a la lógica de la lucha de clases sino al carácter mismo conflictual de las sociedades históricas y a las inevitables confrontaciones de intereses sociales) convertía al caso español en un «modelo» para otros procesos, más allá de que se tratara a menudo de situaciones difícilmente homologables, por contexto y condiciones, con la de nuestro país.

No es casualidad que las virtudes de nuestra transición, según tan singulares y acrílicos análisis, hayan convertido hoy en las más entusiastas defensoras de la deseabilidad de sus resultados y la adecuación de sus procedimientos, a las fuerzas de la derecha, buena parte de la cual se había mostrado entonces refractaria o recelosa ante el proceso de democratización. Cuando hoy algunas de esas fuerzas resisten denodadamente, recurriendo incluso a los jueces (como en Alicante o en Oviedo), en defensa de los nombres franquistas del callejero, cabe pensar o que su elogio de la Transición es meramente instrumental, frente a posibles males mayores, o bien que las limitaciones del propio proceso, conservando las viejas hegemonías sociales y una parte del anterior aparato del Estado, incluía desde su punto de vista, como algo insoslayable, la eliminación de la herencia democrática del republicanismo y el antifranquismo como sacrificio propiciatorio para una «reconciliación» otorgada.

El 40 aniversario de las primeras elecciones democráticas puede aportar alguna novedad bibliográfica y encuentros científicos fructíferos, pero también revitalizar el eco de los viejos argumentos en favor de la ortodoxia interpretativa de la Transición (el relato armonista) y de algunos contra-relatos que, más allá de las simpatías con su intención crítica que puedan suscitar, se caracterizan, a nuestro juicio, por su simplicidad y su esquematismo. Por ejemplo, aquellos que creen que «todo era posible»

allá por 1975-1977 y que si no se logró la ruptura democrática que se pretendía con cambios sociales más radicales y avanzados, se debió sobre todo a la «traición» de algunos partidos y dirigentes de la izquierda mayoritaria. O que todos los males de hoy proceden de aquella nefasta etapa «fundacional» y de las ataduras y corsés entonces anudados. Olvidan sin embargo, quienes así piensan, que las interpretaciones históricas basadas en imputaciones personales de carácter moral —más allá de las responsabilidades individuales que puedan existir— no explican sino que desplazan el problema; si hubo «traidores», cabe preguntarse por qué las bases de las organizaciones, las masas o las mayorías sociales siguieron su estela o no secundaron a quienes pretendían otras alternativas. Y no se plantean tampoco que, tras la Transición, los conflictos políticos y sociales siguieron desarrollándose y que, si acaso hubiera existido una derrota inicial, lo que sucedió después pudiera tal vez explicarse en mayor medida por la inadaptación de las fuerzas del antifranquismo a la nueva situación o frente a procesos más amplios de hegemonía neoliberal que azotaron y azotan el mundo sobre todo desde la década (ya pos-transicional) de los ochenta del pasado siglo.

En los últimos meses hemos visto cómo los juicios sobre la Transición han dado lugar a tomas de posición en la izquierda transformadora generalmente sobrados de «presentismo» y carentes, en general, de la profundidad, el equilibrio y el rigor histórico mínimamente exigibles. En algún caso, se ha invocado la «herencia negativa» de la Transición, descalificando globalmente y de forma simplista la política de algunas fuerzas antifranquistas (concretamente el PCE) desde la perspectiva de los «males de la moderación», aplicables ayer y hoy a los debates en este espectro ideológico; obviando que, más allá de los juicios acerca

de su utilización, los argumentos entonces esgrimidos sobre la correlación de fuerzas o los riesgos de involución no deben ser desestimados como meramente artificiales o interesados, y que la comparación de situaciones requiere siempre subrayar las diferencias de contexto y huir de los anacronismos. En sentido contrario, otros han esgrimido la defensa cerrada de la política seguida entonces como la única posible, pretendiendo incluso que su cuestionamiento representa un intolerable ataque a los luchadores antifranquistas o una minusvaloración de su esfuerzo. Olvidan, con ello, que los juicios acerca de las decisiones tácticas del momento pueden deslindarse de la valoración de los efectos de la resistencia contra la dictadura, que la crítica de las opciones elegidas es legítima o que el análisis de los efectos de las renunciadas en nombre de la viabilidad del proceso en las posteriores condiciones de lucha bajo la democracia (como han puesto de relieve algunos historiadores) puede ser útil para comprender la evolución posterior o la crisis de las organizaciones (empezando por el PCE y siguiendo por la «izquierda radical») que protagonizaron esencialmente la lucha antifranquista.

El debate sobre la Transición es y debe ser una controversia abierta. Aquí no defendemos ninguna interpretación «ortodoxa» del proceso, ni —por supuesto— la «oficial» ni tampoco determinados contra-relatos hipercríticos, porque no es el papel de esta revista, cuyos colaboradores sustentan, por otra parte, opiniones plurales. Seguramente algunas están más cerca de creer en las virtudes que, con todos los matices necesarios, tuvo esa Transición que trajo eso tan imprescindible y a la vez tan insuficiente que son las libertades democráticas, recordando como positivo, dadas las circunstancias, aquello de la «libertad sin ira» de la canción popular de entonces. Sin duda otras se iden-

tifican más con el «no es eso» de la canción de Lluís Llach que marcaba el temprano desencanto y el desfase entre las esperanzas de cambio tenazmente construidas y el duro despertar. Pero de lo que se trata es de analizar críticamente y en su contexto un proceso que no puede ser liquidado con simplistas caracterizaciones propicias al titular periodístico convencional. Si queremos aprender del pasado y no recurrir a la burda moraleja o a la instrumentalización pragmática del mismo, necesitamos no del cultivo del mito —o del contra-mito, que es otra forma de fabulación— tan de moda en algunas nuevas concepciones políticas emergentes, sino al análisis histórico racional.

Una parte importante del número 3 de *Nuestra Historia* que ahora se presenta nos habla de algo que, más allá de las polémicas historiográficas, nos parece fundamental y resulta plenamente compartido por quienes elaboramos esta revista: la contribución crucial de las luchas sociales a la erosión del franquismo y la implantación de la democracia. Empezando por el dossier que, con la oportuna presentación de Julián Sanz, incluye interesantes trabajos, en mayor o menor medida vinculados a ámbitos regionales o locales, sobre la implantación del comunismo catalán (Cristian Ferrer), las movilizaciones jornaleras en el campo andaluz (María Candelaria Fuentes), el protagonismo de las mujeres (Claudia Cabrero) y el papel de algunas formas de sindicalismo (Alberto Gómez Roda). También nos evocan la preparación de las condiciones que hicieron posible el cambio político el interesante y documentado trabajo de Francisco Rojas sobre las ediciones en España de las obras de Marx y Engels durante la dictadura y las prácticas de la censura; o el texto de Nicolás Sartorius acerca del movimiento

sindical reproducido en la sección Nuestros Documentos e introducido y explicado por Jose Babiano.

Desde luego, el número dista de agotarse con esta temática. Fieles a la reiterada intención de abrir nuestras páginas a las aportaciones de colegas latinoamericanos, tenemos la satisfacción de dar a conocer un interesante trabajo de la antropóloga e historiadora feminista guatemalteca Anamaría Cofino, que nos habla de la lucha de las mujeres comunistas guatemaltecas en un período crucial de la historia de su país, la década revolucionaria (1944-1954). También latinoamericano es el texto de Luis Emilio Recabarren que cubre la sección Nuestros Clásicos, presentado y glosado por Manuel Loyola. La inauguración de nuestra sección dedicada al recuerdo (In Memoriam) de compañeros y compañeras fallecidos que compartían con nosotros una visión crítica y comprometida de la función del historiador, tiene también nombre chileno (o mejor, ruso-chileno), merced a la sentida nota necrológica de Rolando Álvarez, colaborador ya anterior de nuestra revista, sobre la malograda compañera Olga Ulianova.

En un número que, finalmente, ha resultado especialmente variado y tal vez más extenso de lo inicialmente previsto, no podía faltar la entrevista a un historiador de prestigio, en este caso nada menos que nuestro admirado Josep Fontana, con quien José Gómez Alén conversa extensamente sobre la Historia, el balance de su

obra y también la política militante en el pasado y el presente. Inauguramos, asimismo, una sección de debates y controversias con la contundente respuesta de Josep Lluís Martín Ramos al libro de Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*, obra que pretende revitalizar tesis nada nuevas sobre la supuesta ilegitimidad de tan importante experiencia de la izquierda republicana y antifascista española. Las «lecturas» de libros publicados (realizadas en esta ocasión por José Luis Gasch, José Gómez Alén, Santiago Vega, David Ginard, José Hinojosa y Carmen García) y las reseñas de encuentros (Eduardo Abad, Francisco Erice) completan un índice al que casi solo añadir el siempre presente en nuestras páginas repaso a temas relacionados con la memoria democrática: la denominada Querrela Argentina, la biografía de Lina Molina, la Asociación Memorial Campo de Castuera y la exposición «España en guerra: violencia en la retaguardia» aparecen en este apartado glosadas por Pablo Martínez Corral, Encarnación Barranquero, Antonio D. López y José Emilio Pérez. Queda por añadir el texto-manifiesto en favor de una mayor apertura del Archivo General e Histórico de Defensa, elaborado por la Sección de Historia de la FIM y enviado a la responsable de este departamento ministerial, en el contexto de nuestra preocupación por la máxima apertura de los fondos documentales a los investigadores.

Fe de erratas

En la «Introducción al Memorial de Yalta» de C. Spagnolo, incluida en el nº 2 de *Nuestra Historia*, se deslizó una errata en la traducción. Hablando de Togliatti al comienzo de la pág. 142, donde dice «pocas horas antes de que un ictus cerebral, del que ya no se recuperó, impidiese su participación en un encuentro con jóvenes pioneros de Artek», debe decir «pocas horas antes de sufrir un ictus cerebral, del que ya no se recuperó, después de su participación en un encuentro con los jóvenes pioneros de Artek».